

El fantasma de Iván Illich y la desescolarización de la sociedad

Rigoberto Martínez Escárcega*

Un movimiento de liberación que se inicie en la escuela y, sin embargo, esté fundado en maestros y alumnos como explotados y explotadores simultáneamente, podría anticiparse a las estrategias revolucionarias del futuro.

Iván Illich

Esta pequeña cita de Iván Illich resume de forma extraordinaria la visión política sobre la escuela que debe tener cualquier propuesta que se inscriba en la Pedagogía Crítica. La escuela es vista como un espacio político contradictorio: por un lado, es un escenario en donde se configuran distintos mecanismos de dominación que hacen posible la legitimación ideológica de una formación social basada en la explotación de clases, la exclusión de los grupos minoritarios y la institucionalización de la injusticia social. Por otro, es un campo político en el cual se construyen estrategias de contestación, oposición y resistencia. Para la Pedagogía Crítica una arena política en disputa, donde se crean tanto dispositivos de control y enajenación como auténticas expresiones de liberación y emancipación social. Iván Illich tiene el gran mérito de politizarla, de deshacer un hito de santidad sobre la educación institucionalizada, de denunciar cómo en este ámbito los grupos de estudiantes se ven secuestrados por un currículum oculto que demanda una asistencia obligatoria; el desarrollo de unos contenidos alejados del contexto del educando; una evaluación estandarizada que en el fondo funciona como un instrumento de control y represión;



Carlos Segovia, "Sego"

y una serie de prácticas pedagógicas que enaltecen el autoritarismo. La propuesta de Illich es desescolarizar la sociedad, una verdadera revolución que implica luchar contra la institucionalización de la imaginación, un movimiento que se anticipa a los cambios del futuro, en donde los seres humanos se vean liberados de cualquier mecanismo de opresión social. A pesar de lo controvertidas que son las tesis de Illich, son una referencia obligatoria para la Pedagogía Crítica, ya que representa la génesis sobre la politización de la vida escolar.

Uno de sus aciertos principales es la diferencia que establece entre instrucción y educación. La primera es un proceso de transmisión de información llevada a cabo de forma obligatoria y homogénea en los espacios escolares. En cambio, la segunda es una actividad compleja que tiende a la realización de un ser humano integral, feliz, creativo, digno y autónomo. De forma textual señala:

Instrucción es la selección de circunstancias que facilitan el aprendizaje. Las funciones se asignan fijando un currículum de condiciones que el candidato debe satisfacer para pasar la valla. La escuela vincula la instrucción —pero no el aprendizaje— con estas funciones. Esto no es ni razonable ni liberador. No es razonable porque no liga unas cualidades o competencias sobresalientes con las funciones por desempeñar, sino con el proceso mediante el cual se supone que habrán de adquirirse dichas cualidades. No libera ni educa porque la escuela reserva la instrucción para aquellos cuyos pasos en el aprendizaje se ajustan a unas medidas aprobadas de control social.¹

La instrucción es un proceso escolarizado en donde el nivel de rendimiento se fija a partir de la asimilación de un currículum y una asistencia obligatoria. Al final de cuentas no importa quién aprende más, sino quién obedece las reglas que impone la institución escolar. Ésta no libera ni educa, porque las personas se vuelven menos autónomas y menos creativas. La homogeneización del currículum, la asistencia y la imposición de reglas terminan

convirtiéndola en un espacio tedioso, aburrido, antidemocrático, deshumanizado, en donde el respeto a las normas es más importante que los intereses y los problemas de los seres humanos.

La academia confunde la instrucción con la educación, y al final termina haciendo mal ambas cosas. “Pero si las escuelas son el lugar inapropiado para aprender una destreza, son lugares aún peores para adquirir una educación. La escuela realiza mal ambas tareas, en parte porque no distingue entre ellas” (p. 206). El peor lugar para educar son las escuelas. En éstas es difícil encontrar algún proceso o alguna actividad educativa.

El currículum escolar resulta profundamente antieducador. Iván Illich argumenta que:

En todo el mundo la escuela tiene un efecto anti-educacional sobre la sociedad: se le reconoce como la institución que se especializa en educación. La mayoría de las personas consideran los fracasos de la escuela como una prueba de que la educación es una tarea muy costosa, muy compleja, siempre arcana y frecuentemente casi imposible (p. 197).

El currículum obligatorio se encarga de que la mayoría de las personas que componen una formación social, queden excluidas, en algún nivel, del sistema escolar. Entonces, éstas terminan convencidas de que la educación es una actividad difícil que exige grandes sacrificios personales. Esto provoca que la educación se vea como una prerrogativa exclusiva para un pequeño grupo de elegidos. La escuela monopoliza la educación, pero en realidad es antieducadora. En el mejor de los casos proporciona instrucción, pero no brinda educación. Sin embargo, propicia que las personas terminen odiando la educación.

La escolarización es un proceso alienante que termina deshumanizando a las personas y las convierte en máquinas autómatas al servicio de las clases dominantes. Enseña a obedecer, a memorizar, a respetar, a ser un sujeto disciplinado y servil. La escolarización de la mente es la muerte de la creatividad, la desaparición de la autonomía, el fin de la felicidad, la pérdida de la capacidad de amar y el exterminio del pensamiento crítico. Illich denuncia el proceso de escolarización:

Muchos estudiantes, en especial los que son pobres, saben intuitivamente qué hacen por ellos las escuelas. Los adiestran a confundir proceso y sustancia. Una vez que estos dos términos se hacen indistintos, se adopta una nueva lógica: cuanto mayor tratamiento haya, tanto mayor serán los resultados. Al alumno se le “escolariza” de ese modo para confundir enseñanza con saber; promoción al curso siguiente con educación, diploma con competencia, y fluidez con capacidad para decir algo nuevo (p. 191).

La escuela confunde certificación con educación, memorización con inteligencia, respeto con servilismo, indisciplina con rebelión, anormalidad con originalidad, soberbia con dignidad, permisividad con amor. La escolarización es un proceso deshumanizado que termina deshumanizando a los estudiantes. Es la cosificación del ser humano. La felicidad de las personas se centra en la posesión de cosas, en el consumo y en el acaparamiento de riqueza. El éxito se finca en la adquisición de títulos y en el ejercicio unilateral del poder.

La escolarización obligatoria de la sociedad permite generar y legitimar las desigualdades sociales. Quienes la aceptan, admiten que unos pocos sujetos con niveles altos de escolarización tengan privilegios sobre la mayoría de las personas con niveles bajos; además, que unos pocos se escolaricen con los recursos de la mayoría no escolarizada.

En estos países la mayoría ya está enviciada con la escuela, es decir, ya ha sido “escolarizada” para sentirse inferior respecto de quienes tienen una mejor escolaridad. Su fanatismo en favor de la escuela hace posible explotarlos por partida doble: permite aumentar la asignación de fondos públicos para la educación de unos pocos y aumentar la aceptación del control social por parte de la mayoría (p. 196).

Una sociedad así es un sistema en donde los pobres terminan pagando la educación de los ricos, y donde el pobre termina aceptando su condición de oprimido tomando como referencia su nivel de escolarización.

La escolarización polariza a las sociedades, legitima a las clases hegemónicas y contribuye para que se culpe a la víctima de las terribles desigualdades sociales.

La escuela obligatoria polariza inevitablemente a una sociedad y clasifica asimismo a las naciones del mundo según un sistema internacional de castas. A los países se los clasifica como castas cuya dignidad la determina el promedio de años de escolaridad de sus ciudadanos, tabla de calificación que se relaciona íntimamente con el producto nacional bruto per cápita y es mucho más dolorosa (p. 199).

La teoría antiinstitucional crítica de forma contundente la función clasificadora de la escuela. Pone en evidencia cómo ésta privilegia a los estudiantes de las clases favorecidas y excluye a los estudiantes de clases socialmente bajas. Iván Illich tiene el mérito de deshacer el mito funcionalista de que la escuela es un espacio igualitario y neutral, en donde todos los estudiantes tienen las mismas oportunidades de desarrollo. Asimismo, denuncia a las escuelas como un espacio de segregación social, a la letra dice:

Debería ser obvio que incluso en las escuelas de igual

calidad un niño pobre rara vez se pondrá a la par de uno rico. Incluso si asisten a las mismas escuelas y comienzan a la misma edad, los niños pobres carecen de la mayoría de las oportunidades educativas que, al parecer, dispone el niño de clase media. Estas ventajas van desde la conversación y los libros en el hogar hasta el viaje de vacaciones y un sentido diferente de sí mismos, y actúan, para el niño que goza de ellas, tanto dentro de la escuela como fuera de ella. De modo que el estudiante más pobre se quedará atrás en tanto dependa de la escuela para progresar o aprender. Los pobres necesitan fondos que les permitan aprender y no obtener certificados del tratamiento de sus deficiencias presuntamente desproporcionadas (p. 196).

Resulta obvio que un estudiante pobre se encuentra en desventaja ante uno rico en el espacio escolar. Las condiciones socioeconómicas de los alumnos son un factor importante en el desenvolvimiento académico. Por lo tanto, mientras existan diferencias sociales, división y lucha de clases, la escuela va a favorecer a las clases dominantes; deja de ser un ámbito de promoción social y se convierte en un lugar de segregación social.

Las escuelas no sólo no son equitativas ni justas en una sociedad capitalista, sino que además son un proyecto social absurdo, ya que los que menos tienen terminan pagando la escolarización de los que más tienen. “En vez de decir que una escolaridad pareja es impracticable por el momento, debemos reconocer que, en principio, es económicamente absurda, y que intentarla es intelectualmente castrante, socialmente polarizante y destruye la verosimilitud del sistema político que la promueve” (p. 199).

Después de criticar a la escuela y a sus nefastas consecuencias, Iván Illich plantea desescolarizar la sociedad, desinstitucionalizar el pensamiento y a los seres humanos. Asimismo, propone que la escolarización no sea un requisito para el ejercicio de una profesión o para la adquisición de un empleo. Argumenta: “Para poner en vigencia esta separación entre Estado y escuela, necesitamos una ley que prohíba la discriminación en la contratación de personal, en las votaciones o en la admisión a los centros de enseñanza fundados en la previa asistencia a algún plan de estudios” (p. 200). El punto fundamental de la propuesta de Illich es separar a la escuela del Estado, que la asistencia deje de ser obligatoria y que se prohíba darle ventajas a una persona con base en su nivel de escolarización en vez de tomar en cuenta su nivel de educación o capacitación. Cualquier plan que no cuestione la escolarización de la sociedad, termina siendo para este autor, una reforma inútil, deshumanizante que termina legitimando a una sociedad irracional.

Ahora bien, la desescolarización de la educación de-

pende en gran parte del liderazgo de las personas escolarizadas y las escuelas han de ser lo espacios más propicios para llevarla a cabo. Parece un contrasentido que los mismos escolarizados pugnen por ésta y que la escuela luche por desescolarizarse. Pero la revolución tiene que venir del centro de las contradicciones o termina por dejar intactas las principales. Por eso el escolarizado debe tener una profunda vocación de muerte, de suicidio, ha de morir como máquina autómatas escolarizada y renacer como humano, como un proyecto colectivo libertario. El mismo Iván Illich lo reconoce: “...la desescolarización de la educación depende del liderazgo de quienes se criaron en las escuelas” (p. 213).

El problema con la propuesta de Illich, es que no critica de fondo el modo de producción capitalista, una formación social basada en la propiedad privada y en la división de clases. Parte del supuesto de que se puede mejorar la condición humana si en la sociedad industrial desaparecen las instituciones. El problema de la deshumanización de la sociedad, para él, son las instituciones, no el sistema capitalista al que responden éstas. Al desvincular a las instituciones del sistema social, dado como una totalidad compleja, Illich termina legitimando las estructuras sociales. Su propuesta de desescolarizar al capitalismo sigue siendo una solución para curar los males, pero no las causas de la enfermedad.

Otra crítica importante a la propuesta de Illich es que, además de ser inviable la desescolarización de la sociedad, termina siendo una solución muy pesimista para las y los educadores críticos, para todos los actores sociales que nos desenvolvemos en el ámbito educativo y que tenemos toda la disposición de cambiar el mundo de forma radical. Siguiendo a Iván Illich terminamos despreciando el trabajo de la educación formal y dejamos que las instituciones controladas por el Estado capitalista se mantengan ajenas a cualquier influencia que ponga en peligro su funcionamiento. Por esto su propuesta termina siendo profundamente pesimista y paralizante.

Debemos recuperar el sentido humanista de la crítica que hace Illich a la escuela y a la escolarización, pero debemos pugnar por una solución de fondo contra el capitalismo, contra toda formación social basada en la explotación de clases y la opresión social. Debemos rescatar el inédito viable sobre la construcción de un futuro en donde no impere la lógica de mercado y la institucionalización del alma.

*Catedrático de tiempo completo de la Universidad Pedagógica Nacional del Estado de Chihuahua y director general del Instituto Latinoamericano de Pedagogía Crítica.

¹ Iván Illich, *La sociedad desescolarizada*, en *Obras reunidas*. FCE, México, 2006, p. 208.

Fecha de recepción: 2013-09-09

Fecha de aceptación: 2013-10-21